

EM2 / CULTURA

Arte / Fallecimiento

Adiós al creador de símbolos

El escultor Josep Maria Subirachs murió en la noche del lunes a los 87 años

VANESSA GRAELL / Barcelona Josep Maria Subirachs siempre será el reverso de Gaudí. Su monumental obra escultórica en la fachada de la Pasión de la Sagrada Familia (tan controvertida en su momento) ha eclipsado el resto de una trayectoria absolutamente polidrica y original. Él fue el primero en colocar una escultura abstracta en las calles de Barcelona, en 1957: *Forma 212* (y lo hizo en las afueras, en los Hogares Mundet). Subirachs ha sido el gran renovador de la escultura mediterránea, que ha aproximado al expresionismo, a la nueva figuración, a la geometrización más pura.

El artista falleció en la noche del lunes en Barcelona a los 87 años de edad, después de sufrir una larga enfermedad neurodegenerativa, informaron sus familiares. Pero su trazo contundente, sus texturas rugosas y su simbolismo ya conforman el paisaje de Barcelona (y de Montserrat, donde hasta mayo se puede ver una muestra de sus esculturas, además de su particular versión geometrizada de La Moreneta y el místico *Mo-*

cío, vertical/horizontal, cóncavo/convexo). Quizás la Fachada de la Pasión –como Gaudí, Subirachs vivió en una pequeña dependencia de la Sagrada Familia para realizar el trabajo– concentre el mayor número de piezas simbolistas, en consonancia con el lenguaje *gaudiniano*. Pero cada escultura de Subirachs encierra un cosmos. Al igual que sus pinturas o su obra gráfica, más próximas al realismo mágico.

Con tan sólo 15 años Subirachs ya se enroló en el taller del escultor Enric Monjo. Y en 1950 se presentó el grupo de vanguardia Postectura en las Galeries Laietanes, que fundó junto a Francesc Torres, Martí Sabé o Esther Boix, entre otros. Después vendría la beca en París y el contacto con las corrientes europeas. Subirachs también ha sido uno de los artistas más internacionales del país, con exposiciones que van de Nueva York a Tokyo. Ayer, muchas personalidades del mundo cultural y político lamentaron su pérdida. El president Artur Mas reivindicó su «auténtica revolución» en la escultura, mientras



Subirachs en la Fachada de la Pasión (1991). Abajo, retrato de 1967 y en 1992 ultimando el conjunto de la Santa Cena. / ESPAI SUBIRACHS



numento a Ramon Llull, de 1976). La ceremonia fúnebre se celebrará en la intimidad aunque se organizará un acto público para despedirle.

En más de una ocasión, Subirachs dijo que le gustaría ser «recordado como el último creador de símbolos de nuestro país». Y es que a lo largo de su trayectoria desarrolló una metafórica iconografía en la que se repiten elementos como la pirámide, la calavera, la torre de Babel, referentes mitológicos, el laberinto o el obelisco fálico en contraposición con el árbol público (y aquí entran las dualidades que el escultor gustaba explorar: espacio/tiempo, plenitud/va-

que Mariano Rajoy destacó su obra como «parte del mejor legado artístico y cultural catalán y español de las últimas décadas».

Aunque el Espai Subirachs no ha llegado a materializarse, el recuerdo del artista sigue en la calle: en el metro (un mural de 1969 en la estación de Diagonal), en la plaza Sant Miquel (dibujó el friso *Barcelona* en el Ayuntamiento), en la Barceloneta (*Evocación marinera* de 1960), en la montaña de Montjuïc (*Homenaje a Barcelona* de 1968) y, por supuesto, en la Sagrada Familia.

Obituario en página 24.

Recordando a Subirachs

LOURDES CIRLOT

Sus obras están repartidas por todo el mundo, aunque es cierto que la mayor parte de las mismas se encuentran en Cataluña. Pertenecen a ámbitos diversos, ya que Subirachs no sólo hacía esculturas –monumentales, exentas o en relieve–, sino que también realizaba obras escultopictóricas, grabados, aguafuertes y cantidad infinita de dibujos.

Desde muy joven comenzó a trabajar como escultor, llevando a cabo toda una serie de piezas de carácter esquemático-expresionista para más tarde evolucionar hacia las polimaterias abstractas. No obstante la figura humana le atraía de tal modo que no pudo dejar de volver a ella, plasmándola de múltiples modos sumamente originales en materiales distintos. En su obra destacan los contrastes vigorosos entre los elementos que aparecen en rehundido y aquellos que están en sobresalido que, en ciertas ocasiones, recuerdan soluciones de Henry Moore a quien Subirachs conocía y admiraba.

Conocí a Josep M. Subirachs siendo niña cuando mi padre, Juan-Eduardo Cirlot, escribió uno de los primeros textos sobre el artista para la colección *Espacio y Punto* de la editorial Xifré de Barcelona el año 1960. A partir de entonces fueron muchas las ocasiones en que se vieron y hablaron tanto de cuestiones relativas al arte contemporáneo en general como en torno a temas concretos de la obra de Subirachs.

Para mí fue una satisfacción enorme que muchos años más tarde, a finales de los 80 Subirachs me pidiera que escribiera un libro sobre su obra. El editor de mi libro fue Artur Ramon y en la edición del mismo se cuidó hasta el más mínimo detalle. En mi texto analicé las obras, me documenté con una amplia bibliografía y sobre todo mantuve largas conversaciones con el propio Subirachs. Y siempre comenzaban de la misma manera: hablando de mi padre como crítico de arte –uno de los mejores de los 50 y 60– y continuaban hablando de mi padre como poeta, faceta mucho más desconocida por entonces. Finalmente llegábamos a hablar de la obra suya, la de Subirachs. Siempre se apasionaba. Me explicaba las formas con movimientos de sus manos, rápidos y seguros, en el espacio.

El encargo de llevar a cabo las piezas escultóricas de la Sagrada Familia constituyó para Subirachs una de las mejores posibilidades de crear un lenguaje que, aun siendo propio, enlazase con el de Antoni Gaudí, a quien admiraba de manera profunda. Me atrevería a afirmar que veneraba a Gaudí. Con Subirachs tuve la oportunidad de subirme a los andamios que tenían colocados los operarios para acercarme a las figuras realizadas por él dispuestas ya en la fachada. La verdad es que aquel día fue inolvidable, entre otras cosas porque yo estaba muy constipada y llevaba un frasquito de sales inglesas para oler de vez en cuando. Al estar en su celda hablando de su obra se me cayó el frasquito y se desparamó el contenido por el estudio. El olor a amoníaco fue tan insoportable que tuvimos que salir muy deprisa para no ahogarnos. Luego nos reímos mucho.

Un artista total

DANIEL GIRALT-MIRACLE

Al hablar hoy de Josep Maria Subirachs parece inevitable hablar también de su obra en la Sagrada Familia, pero no podemos olvidar que Subirachs ha sido un profesional del arte en el sentido más amplio de la palabra.

Sus dibujos son precisos y meditados, siempre con referencias a la gran historia del arte. Sus grabados, auténticas calcografías y no reproducciones litográficas, evidencian el talento de un escultor. Sus meticulosas y detallistas pinturas revelan su dominio de esta disciplina. Y sus artículos escritos para la prensa destilan una gran pasión por el renacimiento y por el cine que le fueron contemporáneos. Y es que Subirachs, que aspiraba a ser un artista total, lo consiguió.



ACHIM SPERBER